

cerlo pueden.—Balan, mi amigo, dijo el Rey, por tu consejo quiero ser guiado, y en tu mano dejo todo lo que vieres que hacer debo; é ruégote mucho que aunque allá fuera en mis cosas enemigo te muestres en ausencia, que veyéndome en esta prision, en mi presencia como amigo me aconsejes.—Así lo faré, dijo el Gigante, sin falta.»

Etonces despidiéndose dél, é tomando consigo á Enil, se fué á la tienda de don Bruneo de Bonamar, donde falló al rey don Galaor é á Agrájes é don Galvanes é otros asaz caballeros de gran cuenta, los cuales le recibieron é tomaron entre sí con mucho placer, y él les dijo que por cuanto había fablado con el rey Arábigo algunas cosas que debían saber, que viesen si era necesario que á ello otros algunos estoviesen. Agrájes le dijo que sería bueno que don Cuadragante, é don Brian de Monjaste, é Angriote de Estravaus fuesen llamados, é así se hizo; los cuales vinieron, é con ellos otros caballeros de gran nombradía. Entonces el Gigante les dijo todo lo que con el rey Arábigo había pasado, que nada faltó, y que su parecer era, dejando aparte que á muerte ó á vida los había de seguir é ayudar, que si el rey Arábigo con alguna de aquellas insolas de Landas, la mas apartada, se contentase, é sin mas pérdidas de gentes lo restante mandase entregar, que la concordia é atajo sería bueno, especialmente quedando aun por ganar el señorío de Sansueña, que así de gentes como de fortalezas era muy áspero. Mucho le gradecieron aquellos señores al Gigante lo que les dijo, é por muy cuerdo lo tovieron, que no podían pensar ni creer que en hombre de aquel linaje tanta discrecion hobiese; é así era razon de lo pensar, porque la su grande y demasiada soberbia no dejaba ningun lugar donde la discrecion é la razon aposentarse podiesen; pero la diferencia que este Balan tenía á los otros gigantes era, que como su madre Madasima fué tal y de tan noble condicion como la historia os lo ha contado, no teniendo de su marido Madanfubul, si este solo fijo nó, trabajó mucho, aunque contra la voluntad de su marido, que era malo é soberbio, de lo criar so la disciplina de un gran sábio que de Grecia trajo, con la crianza del cual, é con la que de su madre tomó, que era muy noble en todas las cosas, salió tan manso é tan discreto, que pocos hombres había mejor razonados que lo él era, ni de tanta verdad. E habido acuerdo, aquellos señores entre sí fallaron que si lo que el Gigante les decia podiese haber efeto, que les sería buen partido é mucho descanso, aunque alguna parte de aquel reino al rey Arábigo le quedase; é respondiéronle que, conociendo el amor é voluntad con que allí había venido, é fablando en aquello que estaba, que antes por él que por otro alguno doblarian sus voluntades á dar asiento con aquel rey.

Donde aquí se puede notar que faltando en las grandes roturas personas que con buena intencion se muevan á poner remedio, vienen y se recrecen muertes, prisiones, robos é otras cosas de infinitos males. Pues oido esto por el Gigante, fabló con el rey Arábigo, é sobre muchos acuerdos é fablas que excusar de decir se deben, así por su prolijidad como por no salir del propósito comenzado, fué acordado que el rey Arábigo

entregase aquella gran cibdad con toda la tierra comarcana que debajo de su señorío estaba, é de las tres insolas de Landas tomase para sí la una mas apartada, que Liconia llamaban, que era á la parte del cierzo, é de allí se llamase rey; é las otras fuesen asimismo con lo otro entregadas, é don Bruneo se llamase rey de Arabia.

Esto fecho é consentido por el sobrino del rey Arábigo, que el reino defendía, como ya oistes, é por todos los mas principales de la cibdad, entregóse todo como señalado estaba, é suelto el rey Arábigo, el cual con harta fatiga é angustia de su corazon se fué por la mar á la insola de Liconia, é don Bruneo fué alzado por rey con mucho placer é grandes alegrías, así de los de su parte como de los contrarios, porque conociendo su bondad é gran esfuerzo, con él esperaban ser muy honrados é defendidos. Acabado esto, como la historia lo ha contado, á poco tiempo que allí descansaron é holgaron con el rey don Bruneo, ordenaron sus batallas, é todas las otras cosas necesarias á su camino, é partieron de allí la via de la villa Califan, que era la mas cercana de donde ellos habían el real tenido; mas los sansones, como supieron que la cibdad de Arabia era tomada, é concertado el rey Arábigo con aquellas gentes, temiendo lo que fué, juntáronse todos, así caballeros como peones, en muy gran número de gentes; que aquel señorío era grande, é las gentes dél muchas é bien armados é sabidores de guerra, como aquellos que siempre habían tenido los señores muy soberbios y escandalosos, que en muchas afrentas les ponian; é cuando así se vieron juntos en tanta cantidad, crecióles los corazones, é con gran soberbia é osadía ordenadas sus haces, llevando por capitanes los mas principales del señorío, salieron al encuentro á sus enemigos antes que á la villa de Califan llegasen, donde los unos é los otros se juntaron, é hobieron una muy cruel é brava batalla, que mucho de ambas las partes fué herida, en la cual pasaron cosas muy extrañas en armas, é muertes de muchos caballeros é de otros hombres; pero lo que allí los caballeros señalados é aquel bravo é valiente gigante hicieron no se podría en ninguna guisa acabar de contar, sino tanto que por sus grandes fechos y esfuerzo de sus bravos corazones fueron los de Sansueña vencidos é destruidos, de tal manera, que los mas dellos quedaron muertos é feridos en el campo, é los otros tan quebrantados, que aun en los logares que fuertes eran no se atrevieron defender; así que, don Cuadragante con todos aquellos señores é las gentes que de la batalla les fincaron, aunque muchos fueron muertos é feridos, se ñorearon el campo, sin fallar defensa ni resistencia alguna. E si la historia no vos cuenta por mas extenso las grandes caballerías é bravos é fuertes fechos que en todas aquestas conquistas é batallas que sobre ganar estos señoríos pasaron, la causa dello es, porque esta historia es de Amadís é los sus grandes fechos, no es razon que los de los otros sean sino casi en suma contados, porque de otra manera, no solamente la escritura, de larga é prolija, daría á los oyentes enojo é fastidio, mas el juicio no podría bastar á cumplir con ambas las partes; así que, con mayor razon se debe cumplir

con la causa principal, que es este esforzado é valiente caballero Amadís, que con las otras que por su respeto á la historia le convino dellas hacer mencion; é por esto no se dirá mas, salvo que vencida esta tan grande é peligrosa batalla, á poco espacio de tiempo fué aquel gran señorío de Sansueña sojuzgado, de manera que los logares flacos de su propia voluntad, no esperando remedio alguno, é los mas fuertes costreñidos por grandes combates, á todos les convino tomar por señor á don Cuadragante.

Mas agora los dejaremos muy contentos é pagados de las vitorias que hobieron, é contarvos ha la historia del rey Lisuarte; que há gran pieza que dél se no hizo mencion.

## CAPITULO LII.

Como despues que el rey Lisuarte se tornó desde la insola Firme á su tierra, fué preso por encantamiento, y de lo que sobre ello acaeció.

La historia cuenta que despues que el rey Lisuarte con la reina Brisena, su mujer, partió de la insola Firme al tiempo que dejó casadas sus hijas, é las otras señoras que con ellas casaron, como ya oistes, qu'él se fué derechamente á la su villa de Fenusa, porque era puerto de mar é muy poblada de florestas, en que mucha caza se fallaba, y era logar muy sano é alegre, donde él solía holgar mucho; é como allí fué, luego al comienzo, por dar algun descanso é reposo á su ánimo de los trabajos pasados, dióse á la caza é á las cosas que mas placer le podrian ocurrir, é así pasó algun espacio de tiempo; pero como ya esto le enojase, así como todas las cosas del mundo que hombre mucho sigue lo facen, comenzó á pensar en los tiempos pasados, y en la gran caballería de que su corte bastecida fué, é las grandes aventuras que los sus caballeros pasaban, de que á él redundaba mucha honra é tan gran fama, que por todas las partes del mundo era nombrado y ensalzado su loor fasta el cielo; é como quiera que ya su edad reposo é sosiego le demandase, la voluntad, criada é habituada en lo contrario, de tanto tiempo envejecida, no lo consentia; de manera que, teniendo en la memoria la dulzura de la gloria pasada y el amargura de la no tener ni poder haber al presente, le pusieron en tan gran estrecho de pensamiento, que muchas veces estaba como fuera de todo juicio, no se pudiendo alegrar ni consolar con ninguna cosa que viese; é lo que más á su espíritu agraviaba era tener en su memoria cómo en las batallas é cosas pasadas con Amadís fué su honra tanto menoscabada, y que en voz de todos mas costreñido con necesidad que con virtud dió fin á aquel gran debate. Pues con estos tales pensamientos hobo la tristeza logar de cargar sobre él de tal forma, que este, que era un rey tan poderoso, tan gracioso é tan humano, é tan temido de todos, fué tornado triste, pensativo, retraido, sin querer ver á persona alguna, como por la mayor parte acaece aquellos que con las buenas venturas, sin recibir contraste ni entrevalos que mucho les duejan, pasan sus tiempos, é amollentadas sus fuerzas, no pueden sufrir ni saben resistir los duros é crueles golpes de la adver-

sa fortuna. Este rey tenía por estilo cada mañana, en oyendo misa, de tomar consigo un ballestero, y encima de su caballo, solamente la su muy buena y preciada espada ceñida, irse por la floresta gran pieza, cuidando muy fieramente, é á las veces tirando con la ballesta, é con esto le parecia recibir algun descanso. Pues un día acaeció que seyendo alongado de la villa por la espesura de la floresta, que vió venir una doncella encima de un palafren corriendo á mas andar por entre las matas, é dando voces demandando á Dios ayuda, é como la vió fué contra ella é dijo: «Doncella, ¿qué habeis?—¡Ay señor! dijo ella, por Dios é por merced acorred á una mi hermana que acá dejo con un mal hombre que la forzar quiere.» El Rey hobo della duelo é dijo: «Doncella, guíadme; que yo os seguiré.»

Entonces volvió por el mismo camino por donde allí viniera cuanto el palafren aguijar pudo, é andovieron tanto fasta que el Rey vió cómo entre unas espesas matas un hombre desarmado tenía la doncella por los cabellos, é tirábala reciamente por la derribar, é la doncella daba grandes gritos. El Rey llegó en su caballo dando voces que dejase la doncella, é cuando el hombre cerca de sí lo vió soltóla, é fuyó por entre las mas espesas matas. El Rey siguiólo con el caballo, mas no pudo pasar mucho adelante, con el estorbo de las ramas, é como esto vió, apeóse lo mas presto que pudo, con gran gana de lo tomar por le dar el castigo que tal insulto merecia; que bien cuidó que de su tierra podría ser; é corrió tras él cuanto pudo, llamándole siempre muy cerca, é pasada la espesura de aquel gran monte, falló un prado que descombrado estaba, en el cual vió armado un tendejon donde el hombre tras que él iba á gran priesa fué metido. El Rey llegó á la puerta del tendejon, é vió una dueña, y el hombre que fuía tras ella, como que allí pensaba guarecer. El Rey le dijo: «Dueña, ¿es ese hombre de vuestra compañía?—¿Por qué lo preguntais? dijo ella.—Porque quiero que me lo deis para hacer dél justicia, que si por mí no fuera, forzara acá donde le yo hallé una doncella.» La dueña le dijo: «Señor caballero, entrad é oiré lo que diréis, é si así es como decis, yo os lo daré; que pues yo doncella fui y en mucha estima tuve mi honra, no daria lugar á que otra ninguna deshonorada fuese.» El Rey fué luego contra donde la dueña estaba, é al primer paso que dió cayó en el suelo tan fuera de sentido como si muerto fuese. Entonces llegaron las doncellas que tras él venian, é la dueña con ellas, é con el hombre que allí tenía tomaron al Rey así desacordado como estaba en sus brazos, é salieron otros dos hombres de entre los árboles, que tiraron el tendejon é fuéronse todos á la ribera de la mar, que muy cerca estaba, donde tenían un navío enramado é tan cubierto, que apenas nada dél se parecia; é metiéronse dentro, é pusieron en un lecho al Rey, é comenzaron de navegar. Esto fué tan prestamente fecho é tan encubierto, en tal parte, que persona otra alguna no lo pudo ver ni sentir. El ballestero del Rey, como andaba á pié, no lo pudo seguir, porque el Rey se aquejó mucho por socorrer la doncella; é cuando llegó adonde había el caballo quedado, mucho se maravilló de lo fallar así solo,

é metióse cuanto mas pudo por las espesas matas, buscando á todas partes, mas no falló nada; é á poco rato fallóse en el prado donde el tendejon había estado, é desde allí tornóse al caballo, é cabalgó en él é andovo gran pieza á un cabo é á otro, buscando por la floresta é por la ribera del mar, é como no fallase nada, acordó de se tornar á la villa, é cuando cerca della llegó, é algunos que por allí andaban lo vieron, cuidaron que el Rey lo enviaba por alguna cosa, mas él no decia nada sino andar fasta donde la Reina estaba, é descalgó del caballo, y entró en el palacio con gran priesa, como la vió díjole todo lo que del Rey viera, é cómo lo buscara con mucha diligencia, sin lo poder fallar. Cuando la Reina esto oyó fué muy turbada é dijo: «Ay santa María! ¿qué será del Rey mi señor si le he perdido por alguna desventura?»

Entonces hizo llamar al rey Arban, su sobrino, é á Cendil de Ganota, é díjoles aquellas nuevas. Ellos mostraron buen semblante, dándole esperanza que no temiese; que no era aquello cosa de peligro para el Rey, porque muy presto se podía perder por aquella floresta, con codicia de dar venganza á la doncella; y que pues él sabia aquella tierra, por donde muchas veces á caza andoviera, que no tardaria de venir; que si él el caballo dejó, no seria sino porque, con la espesura de los árboles, no se podría dél aprovechar; pero teniéndolo en la verdad en mas de lo que mostraban, fueron luego á se armar é cabalgar en sus caballos, é hicieron salir toda la gente de la villa, é lo mas presto que ser pudo se metieron por la floresta, llevando consigo el ballettero que los guiase, y la otra gente, que mucha era, se derramó á todas partes; pero ni ellos ni aquellos caballeros, por mucho afan que tomaron en lo buscar, nunca dél nuevas supieron. La Reina tuvo todo aquel dia, alguna nueva esperando, con mucha turbacion é alteracion de su ánimo; pero ninguno fué tan osado que con tan poco recaudo como fallaban volviere; antes así los que de allí salieron como todos los de la comarca, que las nuevas oian, nunca cesaban de buscar con mucha diligencia. Venida la noche, la Reina acordó de enviar mensajeros á mas andar, é cartas á los mas logares que ella pudo, y en esto pasó toda la noche sin sueño dormir. Al alba del dia llegaron don Grumedan é Giontes, é cuando la Reina los vió preguntóles si sabian algo del Rey su señor. Don Grumedan le dijo: «No sabemos mas de cuanto nos dijeron á Giontes é á mí en la casa donde estábamos cazando, cómo mucha gente lo buscaba, y pensando fallar aquí alguna nueva, acordamos de no ir antes á otra parte; pero, pues que la no fallamos, meternos hemos luego en su demanda.—Don Grumedan, dijo la Reina, yo no puedo sosegar, ni fallo descanso ni remedio, ni puedo pensar qué haya sido esto; é si aquí quedase, de gran congoja seria muerta, é por esto acuerdo de me ir con vos; porque si buena nueva viniere, allá mas ahína que acá la sabré; é si al contrario, no dejaré fasta la muerte de tomar el trabajo que con razon tomar debo.» Luego mandó que le trajesen un palafren, é tomando consigo á don Grumedan é á don Giontes, é una dueña, mujer de Brandoibas, se fué por la floresta lo mas presto que pudo, é andovo por ella tres dias, que siempre alber-

gaba en poblado; en los cuales, si por don Grumedan no fuera, no comiera solo un bocado; mas él con gran fuerza hacia que algo comiese. Todas las noches dormia vestida debajo de los árboles, que aunque algunas aldeas pequeñas fallaba, no queria entrar en ellas, diciendo que su gran congoja no lo consentia.

Pues en cabo destes dias acaesció que, entre las muchas gentes que por la floresta encontraron, falló al rey Arban de Norgales, que venia muy triste é muy fatigado, é su caballo tan laso é cansado, que ya no le podía traer. Cuando la Reina lo vió díjole: «Buen sobrino, ¿qué nuevas traéis del Rey mi señor?» A él le vinieron las lágrimas á los ojos é dijo: «Señora, no otras ningunas mas de las que sabia cuando de vuestra presencia me partí; y creed, Señora, que tantos somos en su demanda, y con tanto trabajo é aficion le hemos buscado, que seria imposible, si desta parte de la mar estoviese, no le fallar; pero yo entiendo que si algun engaño recibió, que no fué para lo dejar en su reino; é ciertamente, Señora, siempre me pesó deste apartamiento suyo con tanta esquiviza é mal recaudo de su persona; que los príncipes é grandes señores que á muchos han de gobernar é mandar, no pueden usar dello tan justamente é con tanta clemencia, que no sean de los mas temidos; é deste tal temor, faltando el amor, viene luego el aborrecimiento, é por esta causa deben poner tal recaudo en sus personas, que los menores no se atrevan á su grandeza; que muchas veces los tales dan ocasion de recordar á otros lo que no tenian pensado; é á Dios plega por la su merced de me poner en parte donde le vea é le diga esto é otras muchas cosas, en el cual yo tengo esperanza que él lo hará, é vos, Señora, así lo tened.» Cuando la Reina esto oyó, salió de todo su sentido, é amortecida cayó del palafren ayuso. Don Grumedan se derribó de su caballo lo mas presto que pudo, é tomola en sus brazos; así la tovo por una gran pieza, que mas por muerta que por viva la juzgaban; é cuando acordó dijo muy dolorosamente con gran abundancia de lágrimas: «Engañosa y espantable fortuna, esperanza de los miserables, cruel enemiga de los prosperados, trastornadora de las mundanales cosas, ¿de qué me puedo loar de tí? que si en los tiempos pasados me fecistes señora de muchos reinos, obedecida é acatada de muchas gentes, é sobre todo, junta en matrimonio de tan poderoso é virtuoso rey, en un solo momento á él me quitando, lo llevaste é robaste todo; que si á él perdiendo, los bienes mundanos me dejas, no causa ni esperanza de recobrar descanso ni placer, mas de muy mayor dolor é amargura me serán ocasion, porque si de mí preciados eran y en algo tenidos, no era salvo por aquel que los mandaba y defendia. Por cierto con mucha mas causa te podiera agradecer si, como una destas simples mujeres sin fama, sin pompa, me dejaras, porque yo, olvidando los flacos é livianos males míos, así como ella, por los ásperos é crueles ajenos derramara mis lágrimas. Mas ¿por qué me quejaré de tí, pues que los engaños é fuertes mudanzas tuyas derribando los que ensalzastes son tan manifiestos á todos, que no de tí, mas de sí mismos, en tí confiando, se deben quejar?»

Así estaba esta noble Reina haciendo su duelo, en la

tierra sentada, é su amo don Grumedan los hinojos fincados, teniéndole las manos, con palabras muy dulces la consolando, como aquel en quien toda virtud é discrecion moraba, con aquella piedad é amor que en la cuna lo ficiera; mas consuelo no era menester, que ella se amortecia tantas veces, que sin ningun sentido é casi muerta quedaba; que era causa de gran dolor á los que la veian; é cuando algun tanto su espíritu algunas fuerzas fué cobrando, dijo á don Grumedan: «Oh mi fiel y verdadero amigo! yo te ruego que así como estas tus manos en los mis primeros dias fueron causa de los crecer, que agora en los postrimeros en ellas mismas reciba la mi muerte.» Don Grumedan, veyendo ser su respuesta excusada segun su disposicion, calló, que no dijo nada; antes acordó que seria bueno de la llevar á algun poblado donde se procurase algun remedio; así lo hicieron, que él é aquellos caballeros que allí estaban la pusieron en su palafren, é don Grumedan en las ancas, teniéndola abrazada, la llevaron á unas casas de moneros del Rey que en la floresta para la guardar vivian, é luego enviaron por camas é otros cosas donde descansase; pero ella nunca quiso estar sino en la mas pobre cama que allí se falló. Así estovo algunos dias, sin saber dónde ir ni qué de sí ficiese; é cuando don Grumedan mas reposada la vió díjole: «Noble y poderosa Reina, ¿dónde es fuida vuestra gran discrecion en el tiempo que mas menester la hobistes, que tan fuera de consejo la muerte procurais y demandais, no teniendo en la memoria fenecer con ella todas las mundanales cosas? Y ¿qué remedio será para aquel vuestro tan amado marido ser vuestra ánima desas carnes salida? ¿Por ventura comprais con ello su salud ó poneis remedio á sus males? Antes por cierto es todo al contrario de lo que los cuerdos deben hacer, que el corazon é discrecion para semejantes afrentas fueron establecidos é dotados de aquel muy alto Señor, é mas con grande esfuerzo é diligencia que ton sobradas lágrimas á las fortunas de los amigos se han de socorrer. Pues si aparejo á esto que digo se vos ofrece, quiero que como yo lo sepais. Bien sabeis, Señora, que, demás de los caballeros é muchos vasallos que en vuestros señorios viven, que con gran aficion é amor seguirán é complirán vuestros mandamientos, de la sangre de vuestra real casa pende hoy casi toda la cristiandad, así en esfuerzo como en grandes imperios é señoríos sobre todos, como el cielo sobre la tierra. Pues, ¿quién duda que estos, sabiendo esta gran fatiga, no quieran, como vos misma, ser en el remedio della? E si el Rey vuestro marido en estas partes está, nosotros, que suyos somos, daremos el remedio; é si por ventura á la mar lo pasaron, ¿en qué tierra tan áspera, ni qué gente tan brava podrá resistir que habido no sea? Así que, muy buena señora, dejando aparte las cosas que mas daño que pro traen, tomando nuevo consuelo y consejo, sigamos aquellas que á la salud y remedio deste negocio aprovechar pueden.» Pues oído por la Reina esto que don Grumedan dijo, así como de muerte á vida la tornó; é conociendo que en todo verdad decia, dejando las lágrimas é grandes querellas, acordó de enviar un mensajero á Amadís, que mas á la mano estaba, confiando en su buena ventura que, así como en las otras cosas,

en esta pornia remedio, é luego mandó á Brandoibas que lo mas apresuradamente que él podiese buscarse á Amadís, y le diese una carta suya, que decia así:

## CARTA DE LA REINA BRISENA Á AMADÍS.

«Si en los tiempos pasados, bienaventurado caballero, esta real casa por vuestro gran esfuerzo fué defendida é amparada, en estos presentes costreñida mas que lo nunca fué, con mucha aficion é aflicion vos llama; é si los grandes beneficios de vos recibidos no se agradecerian como vuestra gran virtud lo merecia, contentáos, pues aquel justo juez, en todo poderoso, en defeto nuestro, vos lo quiso pagar ensalzando vuestras cosas fasta el cielo, é las nuestras abatiendo debajo de la tierra. Sabréis, mi muy amado fijo y verdadero amigo, que así como el relámpago en la oscura noche redobla la vista de los ojos en que fiere, é súpitamente se partiendo, en mayor tenebregura y oscuridad que ante los deja; así, teniendo yo ante los míos la real persona del rey Lisuarte, mi marido é mi señor, que era la luz é lumbrere dellós y de todos mis sentidos, seyéndome en un momento arrebatado, los dejó en tanta amargura é abundancia de lágrimas, que muy presto con la muerte perecer esperan; y porque el caso es tan doloroso, que las fuerzas ni el juicio podrian bastar á lo escrebir, remitiéndome al mensajero, doy fin en esta y en mi triste vida, si el remedio dél presto no viene.»

Acabada la carta, mandó á Brandoibas que él por extenso le contase aquellas malaventuradas nuevas, el cual fué luego partido con aquella voluntad que muy fiel criado, como lo él era, lo debía facer. Pues esto fecho, con aquellos caballeros se puso luego en el camino de Lóndres, porque aquella cibdad era cabeza de todo el reino, é allí mejor que en otra parte, si algun movimiento hobiese, se fallaria; pero no fué así, antes extendiéndose las nuevas á todas partes, la alteracion de las gentes fué de tal manera, que grandes y pequeños, hombres y mujeres desampararon los logares; é como si fuera de sentido estoviesen, andaban dando voces por los campos, llorando é llamando al Rey su señor, en tanto número de gente, que las florestas é montañas todas dellas eran llenas, é muchas de las dueñas é doncellas de gran guisa descabelladas, haciendo grandes llantos por aquel que siempre en su defensa é socorro fallaron.

«Oh, cómo se debrian tener los reyes por bienaventurados si sus vasallos con tanto amor é tan gran dolor se sintiesen de sus pérdidas é fatigas! Y ¿cuánto asimismo lo serian los súbditos que con mucha causa lo podiesen é debiesen facer, seyendo sus reyes tales para ellos como lo era este noble rey para los suyos! Pero, mal pecado, los tiempos de agora mucho al contrario son de los pasados, segun el poco amor é menos verdad que en las gentes contra sus reyes se falla, y esto debe causar la costelacion del mundo ser mas envejecida; que perdida la mayor parte de la virtud, no puede llevar el fruto que debía, así como la cansada tierra, que ni el mucho labrar ni la escogida simiente pueden defender los cardos é las espinas, con las otras

yerbas de poco provecho que en ella nacen. Pues roguemos á aquel Señor poderoso que ponga en ello remedio, é si á nosotros, como indinos, oír no le place, que oya aquellos que aun dentro en las fraguas, sin dellas haber salido, se fallan; que los haga nacer con tanto encendimiento de caridad é amor como en aquestos pasados habia, é á los reyes, que, apartadas sus iras é sus pasiones, con justa mano é piadosa los traten é sostengan.

Pues tornando al propósito, cuenta la historia que estas nuevas volaron muy presto á todas partes por aquellos que grandes tratos en la Gran Bretaña tenían, de los cuales todo lo mas del tiempo por la mar navegaban; así que, muy presto fué sabido en aquellas tierras donde don Cuadragante, señor de Sansueña, é don Bruneo, rey de Arabia, é los otros señores sus amigos estaban; los cuales considerando la gran parte que desto á Amadís tocaba en reparar la pérdida del Rey ó del reino, si en él algunos escándalos se levantasen, acordaron, pues ya en aquellas conquistas no habia qué hacer, é todo estaba señoreado, de se ir juntos como estaban á la ínsola Firme por se fallar con Amadís é seguir lo que él mandase. Pues con este acuerdo, dejando don Bruneo en su reino á Branfil, su hermano, é don Cuadragante á Landin, su sobrino, que poco ante allí era llegado con gente del rey Cildadan en su señorío de Sansueña, llevando la mas gente que podieron, é dejando con ellos la que necesario habian para guardar aquellas tierras, se metieron en sus fustas por la mar, y el gigante Balan con ellos, que de todos muy amado ypreciado era. Tanto andovieron, é con tan próspero viento, que á los doce días que de allí partieron llegaron al puerto de la ínsola Firme. Cuando Balan vió la gran sierpe que allí Urganda habia dejado, como la historia vos lo ha dicho, mucho fué maravillado de cosa tan extraña, é mucho mas lo fuera si le no contaran la causa della aquellos que con él venian. Al tiempo que estos señores allí arribaron Amadís estaba con su señora Oriana, que della no se osaba partir, que como Brandoibas llegase de parte de la reina Brisena con la carta que ya oistes, é Oriana sopiese lo de su padre, fué su dolor é tristeza tan sobrada, que en muy poco estuvo de perder la vida; é como le dijeron la venida de aquella flota en que aquellos señores venian, rogó á Grasandor que los rescibiese y les dijese la causa por qué á ellos no podia salir. Grasandor así lo hizo, que en su caballo llegó al puerto, é falló que ya salian de la mar el rey de Sobradisa don Galaor, y el rey de Arabia don Bruneo, é don Cuadragante, señor de Sansueña, y el gigante Balan, é don Galvanes, é Angriote de Estravaus, é Gavarte de Val Temeroso, é Agrájes, é Palomir, y otros muchos caballeros de gran prez en armas, que seria enojo contarlos. Grasandor les dijo de la forma que Amadís estaba, y que se aposentasen é descansasen esa noche, y que otro día saldria para ellos á dar órden en aquel caso, que ya á ellos manifesto seria. Todos lo tovieron por bien que así se ficiese, é luego subieron al castillo y se aposentaron en sus posadas, é Agrájes é su tio don Galvanes llevaron consigo á Balan por le hacer toda la honra que ellos podiesen. Pasada pues aquella noche, habiendo oido misa, fuéronse todos á la huerta donde Amadís estaba; é como él lo su-

po, dejando á su señora con mas sosiego, é á su prima Mabilia, y Melicia, su hermana, é Grasienda con ella, salió de la torre é vino para ellos.

Quando así juntos los vió fechos reyes é grandes señores, escapados de tantas afrentas y peligros como habian pasado con tanta salud, aunque en el continente tristeza mostrase por lo del rey Lisuarte, en su corazón sintió tan gran alegría, mucho mas que si para él solo todo aquello se hobiera ganado, é fuélos abrazar, é todos á él; mas al que él mas amor mostró fué á Balan el gigante; que á este abrazó muchas veces, honrándole con mucha cortesía. Pues estando así juntos, el rey don Galaor, como aquel que en tanto grado la pérdida del rey Lisuarte sintiese como la del rey Perion, su padre, les dijo que sin poner dilacion de ningún tiempo se debía tomar acuerdo de lo que hacer debian en lo del rey Lisuarte, porque él, si Amadís lo otorgase, luego queria entrar en aquella demanda, sin holgar ni haber reposo dia ni noche fasta perder la vida ó salvar la suya, si vivo fuese. Amadís le dijo: «Buen señor hermano, gran sinrazon seria que aquel rey que tan bueno fué é tan honrado é tan socorredor de los buenos, que los buenos en tan extrema necesidad no le socorriesen, dejando aparte el gran deudo que yo con él tengo, que á todos obliga á hacer lo que decis, é por su sola virtud é gran nobleza merecia ser servido é ayudado en sus afrentas de todos aquellos en quien virtud é buen conocimiento hobiese.» Entonces mandaron venir ante ellos Brandoibas, por saber lo que se habia fecho en buscar al Rey, é que les dijese con qué la Reina seria mas servida é contenta. El les dijo todo lo que viera, é la gran gente que luego en la hora que el Rey fué perdido salió á lo buscar, y que creyesen que si en aquella floresta é aun en todo su reino fuera preso y en algun lugar detenido, que no era cosa que encobrirse podiera; mas que el pensamiento de la Reina y de todos los otros no era salvo creer que por la mar lo llevaron ó en ella lo habian afogado, que segun el socorro fuera presto, aun para lo soterrar no tovieran tiempo; y que su parecer era, pues que todo aquel reino habia tanto sentimiento fecho, é con tanto amor é voluntad todos al servicio de la Reina quedaban, no se esperando de otra ninguna parte lo contrario, que ellos en aquella gran flota que allí tenían se debrian partir en muchas partes; que, segun en todas las cosas por ellos comenzadas siempre la fortuna les habia sido muy favorable, que esta á que con tanto afán é afición se ponian no era de creer en otro estilo mudarse. A todos aquellos señores les pareció muy buen consejo el que Brandoibas les daba, y en aquello se otorgaron que se ficiese, é rogaron á Amadís que tomase cuidado de les señalar la parte de la mar y de las tierras que buscasen, é por ninguna cosa quedase de lo uno ni de lo otro, y que luego los llevase ante Oriana, que en sus manos querian jurar y prometer de nunca cesar la demanda fasta tanto que del Rey su padre nuevas de vivo ó de muerto le trajesen; que con esto pensaban de dar consuelo á su tristeza. Pues yendo todos para entrar en la torre, llegó un hombre que les dijo: «Señores, una dueña de la Gran Serpiente, y créese que es Urganda la Desconocida, que otra no fuera poderosa de allí entrar ni salir.»

Quando Amadís esto oyó dijo: «Si ella es, sea muy bien venida; que á tal sazón mas con ella que con otra ninguna persona nos debe placer.»

Luego enviaron por sus caballos para la recibir, pero no se pudo hacer tan presto, que ante Urganda de la mar salida no fuese, y en su palafren, trayéndola sus dos enanos por las riendas, á la puerta de la huerta llegada. Quando aquellos señores así la vieron fueron contra ella, y el rey don Galaor fué el primero, é la tomó con sus brazos del palafren, é la puso en tierra; todos la saludaron y la honraron con mucha cortesía, y ella les dijo: «Bien creeréis, mis buenos señores, que de fallaros así juntos no lo terné por extraña cosa, pues que cuando de aquí partí vos lo dije, que sobre un caso á vosotros oculto lo seriades; mas dejemos agora de hablar en ello, y antes que mas os diga quiero ver é consolar á Oriana, porque sus angustias é dolores mas que los mis propios los siento.» Entonces se fueron todos con ella fasta el aposentamiento de Oriana. Cuando Oriana la vió por la puerta entrar, comenzó á llorar muy agramente é á decir: «¡Oh mi buena amiga, señora! ¿cómo, sabiendo vos todas las cosas antes que yo sepa, no pusistes remedio en esta tan gran desventura venida sobre aquel rey que tanto vos amaba? Agora conozco yo que, pues vos le fallecistes, que todo el mundo le fallece;» é dando con sus palmas en el rostro, se dejó caer en su estrado. Urganda se llegó á ella, é fincadas las rodillas, tomándola por las manos, le dijo: «Amada señora fija, no os congojeis ni alijais tanto, pues que los imperios é grandes estados de que vos tan ornada é abastada sois traen siempre consigo las semejantes tribulaciones, é sin esta condicion ninguno poseerlos puede; que con mucha razon nos podriamos quejar los que poco tenemos de aquel poderoso Señor si de otra guisa pasase; pues que siendo todos de una masa y de una naturaleza obligados á los vicios é pasiones, al cabo iguales en la muerte, nos hizo tan diversos en los bienes deste mundo, á los unos señores, á los otros vasallos con tanta sujecion é humildad, que con razon ó sin ella nos convenga sufrir prisiones, muertes, destierros é á otras cosas de innumerables penas, así como la voluntad y querer de los mayores lo mandan; é si algun consuelo estos así sojuzgado sé apremiados al su gran desconuelo sienten, no es al, salvo ver estos juegos de la fortuna, que traen estas caidas peligrosas; é como esto sea ordenado é permitido de la su real Majestad, así son todas las otras cosas que por el mundo se rodean, sin ser á ninguno poder dado, por discrecion ni abiduría que en sí haya, de solo un punto remover dello. Así que, muy amada señora, compensando lo malo con lo bueno é lo triste con lo alegre, daréis mucho descanso á vuestra fatiga; y en lo que me decis del Rey vuestro padre, verdad es que á mí antes manifesto fué, como por palabras encubiertas, al tiempo que de aquí partí, lo dije; pero no fué en mí tal poder que desviar pudiese lo que ordenado estaba; mas lo que á mí es otorgado en esta venida se porná en obra; lo cual, con la ayuda del mayor Señor, será causa de traer el remedio que á esta tan gran tristeza en que vos fallo conviene.»

Entonces la dejó, y se tornó á los caballeros, que

juntos estaban por dar órden en el viaje que cada uno habia de hacer, é dijoles: «Mis buenos señores, bien se vos acordará cómo al tiempo de mi partida desta ínsola, cuando juntos quedastes, vos dije que á la sazón que el doncel Esplandian hobiese de recibir caballería, por un caso á vosotros oculto, todos los mas seriades aquí tornados; pues si así se cumplió, la presencia vuestra da dello testimonio. Agora yo soy venida, como lo prometí, así para aquel auto, como por vos quitar de las afrentas é grandes trabajos que desta demanda en que todos puestos estáis vos pueden venir, sin que dellas remedio ninguno de lo que deseáis vos alcance; que si todos los que en el mundo son nascidos con los que por nacer están, que vivos fuesen, procurasen con toda diligencia de fallar al rey Lisuarte, seria imposible poderlo acabar, segun en la parte donde lo llevaron. Por ende, mis señores, no entre en vuestros corazones tan gran follía, que con poca discrecion, siendo primero por mí avisados, querais alcanzar á saber aquello que la voluntad del mas poderoso Señor defiende que sabido no sea, y dejaldo á aquel á quien por su especial gracia le es permitido; é porque de la dilacion grande daño se podria causar, es menester para el efeto de lo que conviene, así como estáis, llevando con vosotros al fermoso doncel Esplandian, é á Talanque, é Maneli el mesurado, é al rey de Dacia, é á Ambor, hijo de Angriote de Estravaus, seais mis huéspedes esta noche con alguna parte del dia siguiente dentro en aquella gran fusta que serpiente parece.» Cuando aquellos señores oyeron esto que Urganda les dijo, todos callaron, que ninguno supo qué responder, porque segun las cosas pasadas della dichas tan verdaderas habian salido, bien creyeron que así aquella presente seria, é por esta causa, sin mas le decir, acordaron de cumplir lo que mandaba, considerándolo por mejor; é luego cabalgando en sus caballos, y ella en su palafren, llevando consigo á Esplandian é á los otros donceles, se fueron á la marina, donde Urganda les dijo que en una de aquellas fustas pasasen con ella fasta se meter en la Gran Serpiente; lo cual así fué hecho. Pues llegados y entrados en aquella gran nao, Urganda se metió con ellos en una grande é rica sala, donde les hizo poner mesas en que cenasen, y ella con los donceles se metió á una capilla que en cabo de la sala estaba, guarnida de oro é piedras de muy gran valor, é allí cenó con ellos con muchos instrumentos que unas doncellas suyas muy dulcemente tañian. Acabada la cena, Urganda, dejando los donceles en la capilla, salió á la gran sala, donde aquellos señores estaban, é rogóles que á la capilla se fuesen, é ficiesen compañía á los noveles. A cabo de una pieza de tiempo tornó Urganda é traía en sus manos una loriga, é tras ella venia su sobrina Solisa con un yelmo, é Julianda, su hermana de Solisa, con un escudo, y estas armas no eran conformes á las de los otros noveles, que acostumbraban en el comienzo de su caballería de las traer blancas; mas eran tan negras é tan oscuras, que ninguna otra cosa tanto lo podia ser.

Urganda se fué á Esplandian é dijole: «Bienaventurado doncel, mas que otro alguno de tu tiempo, viste estas armas conformes á la manilla y negregura

del tu fuerte y bravo corazón, que por el Rey tu abuelo tienes; que así como los pasados que la orden de la caballería establecieron to vieron por bueno que á la nueva alegría nuevas armas é blancas se diesen, así lo tengo yo que á tan gran tristeza negras é tristes se den; porque viéndolas hayas memoria de remediar la causa de su triste color.» Entonces se vistió la lorica, que muy fuerte é bien labrada era. Solisa le puso el yelmo en la cabeza é Julianda el escudo al cuello. Entonces miró Urganda contra Amadís, é dijole con mucha razon: «Estos caballeros podían preguntar la causa por qué en estas armas la espada falte; mas vos, mi buen señor, que sabeis donde la fallastes, é de qué tan grandes tiempos le está guardada por aquella que en su tiempo par de sabiduría no tuvo en todas las artes, sino solamente en la del engañoso amor de aquel que mas que á sí misma amaba, por quien la desastrada y dolorosa fin hobo; pues con aquella encantada espada que fuerza tiene de desatar é disolver todos los otros encantamientos, puesta en el puño del su muy fuerte brazo, fará tales cosas, por donde los que fasta aquí mucho resplandescian, en mucha escuridad y menoscabo serán puestos.» Armado Esplandian como ois, entraron en la capilla cuatro doncellas, cada una con un guarnimento de caballero de unas armas tan blancas y tan claras como la luna, orladas é guarnidas de muchas piedras preciosas con unas cruces negras, é cada una dellas armó uno de aquellos donceles, é teniendo á Esplandian en medio, fincados de rodillas delante del altar de la Virgen María, velaron las armas, así como era en aquel tiempo costumbre. Todos tenían las manos y las cabezas desarmadas, y Esplandian estaba entre ellos tan fermoso, que su rostro resplandecía como los rayos del sol, tanto, que facia mucho maravillar á todos aquellos que le veían fincado de hinojos con mucha devocion é grande homildad, rogándola que fuese su abogada con el su glorioso Hijo, que le ayudase y enderezase en tal manera, que siendo su servicio, pudiese cumplir con aquella tan gran honra que tomaba, y le diese gracia por la su infinita bondad cómo por él antes que por otro alguno el rey Lisuarte, si vivo era, en su honra é reino restituído fuese. Así estuvo toda la noche, sin que en cosa alguna fablase, sino en estas tales rogarias y en otras muchas oraciones, considerando que ninguna fuerza ni valentía, por grande que fuese, tenia mas facultad de la que allí otorgada le fuese.

Así pasaron aquella noche, como habeis oido, velando todos y todas aquellos noveles; y venida la mañana, pareció encima de aquella gran serpiente un enano muy feo é muy laso, con una gran trompa en la mano, é tañóla tan reciamente, que el su fuerte son fué oido por la mayor parte de aquella insola; así que, toda la gente fizo alborotar é salir encima de los adarves é torres del castillo, é otros muchos por las peñas é alturas donde mejor podiesen mirar; é las dueñas é doncellas que en la gran torre de la huerta estaban subieron suso á la mas priesa que podieron, por mirar qué seria aquello que tan fuertemente había sonado. Cuando Urganda así los vió, fizo aquellos señores que allí donde su enano estaba se subiesen; y luego ella

tomó ante sí á los cuatro noveles é á Esplandian por la mano, é subió tras ellos; y en pos della iban seis doncellas vestidas de negro, con seis trompas doradas; é cuando fueron suso, Urganda dijo contra el gigante Balan: «Amigo Balan, así como la natura te quiso extremar de todos aquellos que de tu linaje fueron en te facer tan diverso de sus costumbres, allegándote á conocer razon é virtud, la cual fasta agora en ninguno de tus antecesores fallar se pudo, en que se puede decir que este don ó gracia de la divinal esencia te vino, así por aquel amor entrañable que en tí conozco que á Amadís tienes, quiero yo que otra temporal te sea otorgada entre estos tan señalados caballeros; la cual ninguno antes que nos ni presentes ni porvenir alcanzaron ni alcanzar podrán; y esta es, que de tu mano sea armado este doncel caballero; que los sus grandes hechos serán testimonio de ser mi palabra verdadera, é harán estable la gloria que tú alcanzas en dar esta orden á aquel que tan señalado é aventajado sobre tantos buenos será.» El Gigante, cuando esto oyó, miró contra Amadís, sin nada responder, como que dudaba de cumplir lo que aquella dueña le decia. Amadís, que así lo vió, conoció luego que su consentimiento era necesario, é dijole con gran homildad: «Mi buen señor, haced lo que Urganda vos dice; que todos hemos de obedecer sus mandamientos, sin que en ninguna cosa contradichos sean.» Entonces el Gigante tomó por la mano á Esplandian é dijole: «Hermoso doncel, ¿quieres ser caballero?—Quiero,» dijo él. Luego le besó y le puso la espuela diestra, é dijo: «Aquel poderoso Señor que tanta de su forma y de su gracia en tí puso mas que en ninguno que jamás se viese, aquel te faga tan buen caballero, que con mucha razon pueda yo desde agora guardar la cuarta promesa que fago, de nunca ser este auto en otro alguno hecho.» Esto así acabado, Urganda dijo: «Amadís, mi señor, si por ventura hay algo en vuestra memoria que á este novel caballero querais mandar, sea luego; porque presto le conviene de vuestra presencia ser partido.» Amadís, sabiendo las cosas de Urganda, y cómo aquel amonestamiento sin gran causa no se facia, dijo: «Esplandian, fijo, al tiempo que yo pasé por las insolas de Romania y llegué en Grecia, yo recibí de aquel grande emperador muchas honras y mercedes; y despues que de su presencia me partí, muchas mas, así como estos señores en mis necesidades é suyas vieron, por donde le soy obligado á servir todo el tiempo de mi vida; pues entre aquellas grandes honras que allí alcancé, fué una la que yo en mucho tener debo; y esta es, que la muy hermosa Leonorina, fija de aquel emperador, mas graciosa y hermosa que en todo el mundo doncella fallar se podría, é la reina Menoresa, con otras dueñas é doncellas, de muy gran guisa, me to vieron en sus aposentamientos con tanto gozo é alegría é cuidada de á mí me lo dar, como si hijo de un emperador del mundo yo fuera, no habiendo al presente otra noticia de mí sino de un pobre caballero; las cuales al tiempo de mi partida me demandaron en don que, si facerlo pudiese, las tornase á ver; y si ser no pudiese, les enviase un caballero de mi linaje, de que servir se pudiesen. Yo les prometí de así lo facer, é porque yo no estoy en dispo-

sicion de lo cumplir, á tí lo encomiendo; que si Dios, por su merced, te dejare acabar esto que todos deseamos, tengas memoria de quitar mi palabra donde presa en poder de tan alta señora quedó; é porque puedan creer ser tú aquel que de mi parte va, toma este fermoso anillo, que de su mano tirado fué, para lo poner con ella en la mia.»

Entonces le dió el anillo que aquella infanta le diera, con la piedra preciosa, compañera de la que en la rica corona estaba, como lo cuenta la tercera parte desta historia. Esplandian fincó los hinojos ante él y besóle las manos, diciendo que como gelo mandaba lo cumpliría, si Dios por bueno lo toviese; pero no se cumplió tan cedo como el uno y el otro lo cuidaban, antes este caballero pasó por muchas cosas peligrosas por amor desta infanta fermosa, solamente por la gran fama que della oyó, como adelante vos será contado. Esto así fecho, Urganda dijo á Esplandian: «Hijo hermoso, faced vos caballeros estos donceles, que muy presto vos pagarán esta honra que de vuestra mano reciben.» Esplandian, así como ella lo mandó, lo fizo; de guisa que en aquella hora todos cinco recibieron aquella orden de caballería. Entonces las seis doncellas que ya oistes tocaron las trompas con tan dulce son y tan sabroso de oír, que todos aquellos señores cuantos allí estaban é los cinco caballeros noveles cayeron adormidos, sin ningun sentido les quedar, et la gran serpiente echó por sus narices el fumo tan negro y tan espeso, que ninguno de los que miraban podieron ver otra cosa, salvo aquella grande escuridad; mas á poco rato, no sabiendo en qué forma ni manera todos aquellos señores se fallaron en la huerta, debajo de los árboles donde Urganda los había fallado al tiempo que allí llegó; y esparricado aquel gran fumo, no pareció mas aquella gran serpiente, ni supieron de Esplandian ni de los otros noveles caballeros; de que fueron todos muy espantados. Cuando aquellos señores así se vieron, mirábase unos á otros, é parecían que lo pasado fuera como en sueños; mas Amadís falló en su mano diestra un escrito que decia así:

«Vosotros, reyes y caballeros que aquí estáis, tornad á vuestras tierras, dad holganza á vuestros espiritus, descausen vuestros ánimos, dejad el prez de las armas, la fama de las honras á los que comienzan á subir en la muy alta rueda de la movable fortuna; contentáos con lo que della fasta aquí alcanzastes, pues que mas con vosotros que con otros algunos de vuestro tiempo le plogo tener queda é firme la su peligrosa rueda; é tú, Amadís de Gaula, que desde el día que el rey Perion, tu padre, por ruego de tu señora Oriana, te fizo caballero, venciste muchos caballeros é fuertes é bravos gigantes, pasando con gran peligro de tu persona todos los tiempos fasta el día de hoy, haciendo tremer las brutas y espantables animalias, habiendo gran pavor de la braveza del tu fuerte corazón, de aquí adelante da reposo á tus afanados miembros; que aquella tu favorable fortuna, volviendo la rueda á este, dejando á todos los otros debajo, otorga ser puesto en la cumbre; comienza ya á sentir los jaropes amargos que los reinados y señores atraen; que cedo los alcanzarás; que así como con

tu sola persona é armas é caballo, haciendo vida de un pobre caballero, á muchos socorriste é muchos menester te hobieron, así agora, con los grandes estados, que falsos descansos prometen, te convertirá ser de muchos socorrido, amparado y defendido; é tú, que fasta aquí solamente te ocupabas en ganar prez de tu sola persona, creyendo con aquello ser pagada la deuda á que obligado eres, agora te convertirá repartir tus pensamientos é cuidados en tantas é diversas partes, que por muchas veces querrias ser tornado en la vida primera, y que solamente te quedase el tu enano á quien mandar podieses; toma ya vida nueva, con mas cuidado de gobernar que de batallar, como fasta aquí fechoiste; deja las armas para aquel á quien las grandes victorias son otorgadas de aquel alto Juez, que superior para ser su sentencia revocada no tiene; que los tus grandes fechos de armas por el mundo tan sonados, muertos ante los suyos quedarán; así que, por muchos que mas no saben será dicho que el hijo al padre mató; mas yo digo que no de aquella muerte natural á que todos obligados somos, salvo de aquella que, pasando sobre los otros mayores peligros mayores angustias, ganando tanta gloria, que la de los pasados se olvide; é si alguna parte les deja, no gloria ni fama se puede decir, mas la sombra della.»

Acabado de leer aquel escrito, hablaron mucho entre sí qué debían ó podían facer. Así que, los consejos eran muy diversos, aunque á un efeto se reduciesen; mas Amadís les dijo: «Buenos señores, como quiera que á los encantadores é sábios destas tales artes sea defendido de les dar ninguna fe, las cosas desta dueña pasadas, é vistas por nosotros en experiencia, nos deben poner en verdadera esperanza de las venideras; no por tanto que sobre todo no quede el poder á aquel Señor que lo sabe y puede todo, del cual puede ser permitido que antes por esta Urganda sea reparado é manifestado lo que tan á duro por otras vías podríamos saber, así como fasta aquí se ha mostrado en otras muchas cosas; é por esto, buenos señores, yo ternia por bueno que, así como ella lo conseja é manda, así por nosotros se cumpla, tornándoos á vuestros señoríos, que nuevamente habeis ganado; é mi hermano el rey don Galaor, é don Galvanes, mi tio, tomando consigo á Brandoibas, se vayan á la reina Brisena, porque dellos sepa con qué voluntad queríamos poner en efeto sus mandamientos, é la causa por qué cesó de se facer, y dellas sabrán lo que mas le placirá que sigamos; é yo quedaré aquí con mi primo Agrájes fasta tanto que algunas nuevas nos vengán; é si nuestra ayuda é acorro para ellas fuere menester, mucho mas apartados que juntos lo sabremos; é adonde vinieren, aquellos tengan cargo, haciéndolo saber á los otros, de acudir.»

A todos aquellos señores é caballeros pareció ser buen acuerdo este que Amadís les dijo; é así lo pusieron por obra, que el rey don Bruneo é don Cuadragante, señor de Sansueña, se tornaron á sus señoríos, llevando consigo aquellas sus muy fermosas mujeres Melicia é Grasinda; y el rey don Galaor é don Galvanes, con Brandoibas, se fueron á Lóndres, donde la reina Bri-

sena estaba. E Amadís é Agrájes é Grasandor se quedaron en la ínsola Firme, é con ellos aquel fuerte gigante Balan, señor de la ínsola de la Torre Bermeja, con voluntad de no se partir de Amadís fasta tanto

que del rey Lisuarte nuevas algunas se sopiesen; é si fuesen tales que socorro de gente menester fuese, de pasar por aquella ventura é trabajo que dar le quisiesen.

Á DIOS SEAN DADAS GRACIAS.

ACÁBANSE AQUÍ LOS CUATRO LIBROS DEL ESFORZADO É MUY VIRTUOSO CABALLERO AMADÍS DE GAULA, FIJO DEL REY PELAYO Y DE LA REINA ELISENA, EN LOS CUALES SE FALLAN MUY POR EXTENSO LAS GRANDES AVENTURAS Y TERRIBLES BATALLAS QUE EN SUS TIEMPOS POR ÉL SE ACABARON É VENCIERON, É POR OTROS MUCHOS CABALLEROS, ASÍ DE SU LINAJE COMO AMIGOS SUYOS.

## EL RAMO

QUE DE LOS CUATRO LIBROS DE AMADIS DE GAULA SALE;

LLAMADO

### LAS SERGAS DEL MUY ESFORZADO CABALLERO ESPLANDIAN,

HIJO DEL EXCELENTE REY AMADIS DE GAULA.

AQUI COMIENZA EL RAMO QUE DE LOS CUATRO LIBROS DE AMADÍS SALE, LLAMADO LAS SERGAS DE ESPLANDIAN, QUE FUERON ESCRIPTAS EN GRIEGO POR LA MANO DE AQUEL GRAN MAESTRO ELISABAT, QUE MUCHOS DE SUS GRANDES HECHOS VIÓ Y OYÓ, COMO AQUEL QUE, POR EL GRANDE AMOR QUE Á SU PADRE AMADÍS TENIA, SE QUISO PONER EN TAN GRAN CUIDADO, Y POR VER SUS GRANDES HECHOS EN ARMAS Y LE SOCORRER CON SABIDURÍA, COMO LO HIZO EN MUCHAS PARTES DONDE MAL HERIDO FUÉ. LAS CUALES SERGAS DESPUES Á TIEMPO FUERON TRASLADADAS EN MUCHOS LENGUAJES, SEGUN Á LAS PROVINCIAS Y REINOS DONDE LLEVARLAS QUISIERON POR DONDE Á MUCHOS MANIFIESTAS FUESEN, QUE HABIENDO LEIDO LAS GRANDES COSAS DEL PADRE, CON MUCHA AFICION LAS DEL HIJO DESEABAN VER.

#### CAPITULO PRIMERO.

Que habla cómo Esplandian, despertado del dulce son de las trompetas, que dormir le hizo, se halló en la gran fusta de la Serpiente, al pié de la peña de la Doncella Encantadora, y lo que allí le aconteció.

Cuenta la historia que, recordado Esplandian de aquel dulce son que las seis doncellas de Urganda la Desconocida con las trompas doradas hicieron, al tiempo que la órden de caballería recibió, él se halló encima de las muy fieras y espantables alas de la Gran Serpiente, solo, sin persona alguna, armado de todas sus armas negras, y junto al pié de una peña muy alta; de lo cual fué mucho maravillado. Pero bien tenia en la memoria haber estado en aquel mismo lugar al rededor de su padre Amadís, y todos los otros grandes señores y caballeros, y Urganda la Desconocida, y los cuatro donceles que él hiciera caballeros. Y como así se vió, no sabia qué hacer de sí; pero luego pensó que como las cosas de Urganda muy diversas y extrañas de las otras todas fuesen, que así aquella, que por su sabiduría habia sido guiada, lo era, y bajóse por la puerta que descendia á la gran sala que ya oistes, y tampoco halló allí ninguno. Mas entrado en la rica capilla donde sus armas velara, halló delante del altar durmiendo á Sargil, su escudero, y dos hombres cabo él, que asimismo muy fieramente dormian, con las barbas y cabellos muy largos, y vestidos de unas vestiduras hechas á la guisa de Turquía. Entonces dió del pié á Sargil, y llamóle que se levantase; el cual despertó despavorido, y levantóse en pié y dijo: «¿Quién sois vos que aquí venistes?» Esplandian comenzó á reir de

gana y díjole: «Conoce que algunas veces me viste.» Y tomóle por la mano y trájolo contra sí. Sargil acordó mas que antes, y conoció á Esplandian, y dijo: «El gran sueño que he tenido por poco me hiciera perder el seso.» Esplandian le dijo: «Pues mas es aun de lo que tú piensas.» Entonces le contó cómo se habia hallado durmiendo encima de aquella fusta, y que no viera persona alguna de las que estuvieran á la sazón que le armaron caballero; y como estaban al pié de una muy alta peña sin medida, que no sabia qué lugar fuese; y que habia mirado en derredor, y no viera sino agua, y aquella roca cercada della de todas partes; pero que bien creia que esta fuese la peña llamada de la Doncella Encantadora, de que algunas veces habia oido á su padre Amadís hablar. Sargil vió aquellos dos hombres que dormian, y dijo: «¿Quién son estos que aquí yacen?»—No sé, dijo Esplandian; pero bien creo que Urganda los dejó aquí, y bien será que los despertemos.»

Entonces fué cada uno al suyo, y llamáronlos que se levantasen; los cuales presto recordaron y fueron en pié. Esplandian les preguntó quién eran; ellos hicieron señal que no hablaban, que eran mudos. Y esto seria ya á tal hora que el mediodía era pasado, y Esplandian tenia gana de comer, y dijo á Sargil: «Amigo, ¿qué harémos, que en esta fusta no veo recaudo ninguno cómo pasar podemos, que estos hombres poco remedio nos pornán; busquemós á todas partes si halláremos algo de comer.» Cuando aquellos hombres entendieron en lo que hablaban, hicieronles señas que estuviesen quedos, y ellos salieron de la capilla y entraron en una cámara que con la gran sala se contenia; y á poco